

lo demás, aparecen velados por una nube misteriosa; hasta en los demonios hay una variedad de caracteres que parecía inconsiliable con el asunto: los ángeles tampoco están dotados de esa perfección que carece de mérito porque carece de fuerza. Adán y Eva no son tan inocentes que excluyan todo contraste o ímpetu de pasión; sin embargo, es nueva la pintura de un amor que forma parte de la inocencia y de una voluptuosidad, premio de Dios. No podían esperarse curiosidad ni interés de un asunto tan conocido en el que la guerra entre el Creador y la criatura no podía contrabalancearse: así como tampoco puede excitar compasión la rebelión de los ángeles o la desobediencia del hombre.

CÉSAR CANTÚ

SOBRE UN POETA COLOMBIANO

«LA CIVILTA CATTOLICA»

16 de julio de 1921.

Enrique Revollo del Castillo—Fulgóres—Turin—Vincenzo Bona, 1921.

Cuánto sea verdad, que *poeta nascitur*, las páginas de este librito, todas fulgentes de poesía lírica, lo prueban y confirman. El argumento de estas poesías es variado, pero siempre serio y profundamente religioso.

La forma, en cuanto puede juzgar uno que no ha nacido en España, es verdaderamente brillante y respira el más puro clasicismo, sin sombra de pedantería. El poeta canta los recuerdos juveniles, las ternuras maternas, el amor a la patria; celebra las ciudades que ha visitado, Madrid, Florencia, Roma y Génova en donde habita como cónsul de Colombia. Elevándose después y espaciándose en aires más sublimes, trata de la Di-

vinidad, de las virtudes teologales, de las obras grandiosas de la creación, del arrepentimiento cristiano, de la Eucaristía... En síntesis el mote horaciano: *Quem tu, Melpomene*... gravado magistralmente en el frontispicio del genial volumen reflejan la idea y el valor del autor poeta. Y así como el Venuşino gustaba la merecida alabanza de ser señalado como *Romanae fidicen lyrae*, así nos atrevemos a hacer al joven poeta colombiano la misma alabanza llamándolo *Columbianae fidicen lyrae*.

HIMNO A DANTE

REFLEXIONES

Dante es el genio poético más grande que haya tenido la humanidad. Superior a Homero: éste es un niño dulce y gracioso, como Virgilio. Dante es un león alado, sólo a Esquilo se le puede hermanar. Mas, los que verdaderamente están a la misma altura y nivel del sublime Alighieri, son sin duda el inspirado Pablo y el grandioso Miguel Angel. Esos tres cerebros fueron creados con la misma sustancia. En el cerebro de Pablo hierven múltiples relámpagos divinos, y con su potencialidad espiritual completa la obra del Redentor del mundo. Dante con sus divinos versos, los más sublimes que arpa alguna haya entonado, canta la gloria del cristianismo y de la Divinidad. Y Miguel Angel con el buril y el pincel, perpetúa la majestad y la gloria de la civilización cristiana. ¡Oh trinidad bienhechora y eterna, sois la moderna civilización!

Dante! El nombre más poético que encierra mayor majestad en los oídos de un alma sentimental y grande.

Dante! Desde muy jóvenes sentimos que ese nombre personifica una civilización, la cristiana, una patria, Italia.

Feliz, tú, tierra bendecida, que germinaste en tu exuberante seno al poeta semidios. Que criaste con tu sustanciosa leche al que iba a ser después tu genio tutelar. Al admirado del mundo, al abandonado de la fortuna:

L'amico mio, e non della ventura

Y después el mimado de la inmortalidad. Aquel que en el tormentoso exilio, escribió con versos de oro la sublime epopeya del cristianismo.

¡Oh, padre del Renacimiento! Tú diste el primer soplo primaveral que los grandiosos Médicis aprovecharon y con el cual alimentaron al mundo, de sabiduría, de arte y de ciencia.

Yo te contemplo al ascender *el diletto monte*

Ch'e principio e cagion de tutta gioia,

cuando tu conductor Virgilio te conforta y guía, al mandato de tu amada Beatriz:

Jo son Beatrice, che ti faccio andare:

Vegno di loco ove tornar disio:

Amor mi mosse, che mi fa parlare,

¡Oh, divino poeta! tú fuiste todo ojos, todo fuego, todo amor, todo luz. Dulce y cruel, bondadoso y sarcástico, compasivo y despiadado. Lágrimas vertieron tus amorosos ojos y fuego tus iracundos labios. Y con la misma grandeza con que encarnabas el amor, así el odio se anidaba en tu corazón.

La religión, la patria, la sabiduría, la ciencia, todo lo abarcó tu mente prodigiosa, que era guiada por la Luz celestial e inagotable, de la que no te apartaste nunca.

Mas, ¿cómo comprender semejante sabiduría humana? Con qué raros elementos hizo Dios tu cerebro ideal? Un día pensaba el Creador en el arte cristiano. ¿Quién sería el numen que cantaría la epopeya del cris-

tianismo? Quién podría eclipsar a todos los númenes paganos de la antigüedad? Uno debía oscurecer con su luz y ciencia a tantos genios. Después se recogió en sí mismo y, sacó de la frente de Cristo los esplendores de la luz; de sus espigas y heridas, los dolores inagotables; de su lacerado corazón, el perdón redentor. Vio a María, y de su pecho materno recogió el amor y la dulzura. Del Padre el poder y la justicia; del Hijo el sacrificio y el tormento, y del Espíritu la gracia! Pasó a lo humano:

De la tormenta sacó la fuerza y la lucha; de los volcanes, el fuego devorador; de los astros, su perenne gloria; del águila, su vuelo final. . . . Después Dios unió todos esos elementos, y con sus omnipotentes manos formó un germen y creó a Dante,

Y hasta de la soberbia de Luzbel
Sacó una chispa y se la puso a él.

Mas, ¿en dónde debía empollarse ese germen feliz, bajo qué alas recibiría el calor maternal, bajo qué fuego recibiría la vital existencia? Absorto quedó el Creador: miró el mundo, lo contempló. . . . Todo era decadencia, miseria, ruinas. Los dioses paganos habían sido destronados. Imperaba sólo Dios. Pero ¿en dónde debía nacer su cantor? Ah! ve un jardín delicioso y perfumado en el centro de una península privilegiada. Observa la opulencia de su tierra y elige entre todas la ciudad de las flores. Y cogiendo complacido el germen preciado entre sus manos, lo arroja desde el cielo y cae en Florencia. . . .

¡Oh bendecida ciudad fecunda, rival de Atenas y de Roma! ¿Cuál cuna en el mundo puede como tú vanagloriarse de la feracidad de tu suelo? Opulenta, sublime, grandiosa, maestra, matrona, salve, Florencia, salve!

¡Salve, ciudad magnánima, Florencia!
Bello pensil de la italiana gente,
Aromas la Toscana floreciente
Y a tus vecinas con tu suave esencia.

En tu recinto resurgió la ciencia
Que al mundo alimentó ¡viejo indigente!
Lorenzo el grande, Cósimo el prudente,
León y Julio, diéronte sapiencia.

En tí creó Miguel la real grandeza,
Rafael su arte puro e infinito
Y Leonardo la imperial belleza.

En tí todo fue grande, todo gloria,
Hasta el crimen! y fue tu gran proscrito,
Quien con oro escribió tu fiera historia!

— ENRIQUE REVOLLO DEL CASTILLO

EL PAPADO

en el Derecho Internacional

Para ser *sujeto* en el Derecho Internacional, se requieren tres condiciones, a saber: 1.ª territorio; 2.ª población; 3.ª gobierno. Estos tres elementos son los que componen el estado.

En cuanto al primero, el territorio, es condición indispensable que sea propio, fijo y determinado: por tanto, aquellos pueblos que no permanecen fijos en un lugar, y que carecen de territorio propio, como los judíos, no pueden formar estado.

El segundo elemento, o sea la población, consiste en una suma indeterminada de hombres independientes; por tanto, puede formarse un estado, aun con pequeño número de individuos, como la república de Panamá (departamento usurpado).